

Antes, la Nochebuena, era para unos pocos; este año no es para nadie. ¡Pero queremos, exigimos, que la Nochebuena del año que viene ¡sea para todos!!

El sacerdote A vuelo de pluma en el frente

Le ví en la cima de un monte de nuestras posiciones avanzadas. El perfil de su rostro estaba realzado por el disco rojo del sol naciente. A sus pies ocultando un abismo que separa—simbólico—nuestros parapetos de los parapetos rojos, una densa niebla, en cuyo seno se mueven difuminadas sombras. Es la hora del relevo.

En la posición contraria se oyen descargas cerradas, y silbar por todas partes los proyectiles que cruzan la nube de gasas en que nuestros soldados se envuelven. Por cuatro veces tuvo que echarse a tierra porque de vez en cuando los tiros se dirigían *hacia las alturas*.

Le he visto bajar por los ásperos caminos la ladera del monte y unirse a nuestros mozos valientes que regresan de las avanzadillas; escuchar con interés los incidentes de la noche de guardia; vaciar sus petacas en obsequio de aquellos muchachos, que entre sacos de arena o de pié en zanjás, pasan doce horas apenas de tabaco porque las más elemental prudencia así lo reclama.

He visto al «pater» azucar la hoguera que en el corral del corral tenía preparada para que nuestros soldados, que pasaron la noche en guardia, pudieran calentarse bien antes de acostarse *en los sacos de paja*.

He visto que después hacía sus rezos, que el altar para el Santo Sacrificio preparaba, que buscaba al soldado enfermo para darse cuenta de cómo se encuentra; que a todos llamaba por su nombre y que con todos afablemente conversaba.

Le he visto hacerse todo para todos los moradores de aquella montaña; llevar con todos el sacrificio de esa vida de privaciones; celebrar con dignidad las inocentes algaradas; hacer de sastre, zapatero y hasta, cuando la necesidad lo ha reclamado, rapar la barba a algún precoz falangista que anduvo moroso en dejarse segar la primera cosecha de su alegre cara.

Yo le he visto, sobre todo, ser siempre en todo y para todos el padre de almas.

CRISVIN REGIM

El angel de mi sobrina

Tengo la dicha de que un Angel, un lindo Angel, alegre e ilumine mis días. Ese Angel, en forma de niña guapa, muy guapa, de niña lista, muy lista, de niña buena, muy buena, ese Angel es mi sobrina.

Hasta hace unos meses, mediado el estío, era única y totalmente una niña. Absorbida por los juegos propios de sus cuatro años, vivía sin preocupaciones, sin sobresaltos, amparada por su fe en el mundo, que juzgaba bueno; en los hombres, que juzgaba bondadosos, y en las cosas, que juzgaba bellas.

Cuanto hacía y decía eran gracias, y si alguna vez sus caprichos desentonaban en el cuadro magnífico creado por sus «cosas»—divinas «cosas» de un ser sin mácula—se nos antojaban caprichos, originales caprichos que, quizá, de momento nos molestaban, pero que presto, en el transcurso de unos segundos, nos solazaban y divertían.

Otros años la Nochebuena significaba para ella la consagración de toda una vida feliz y rieta. Y la esperaba con el alborozo natural de toda criatura que se siente extremadamente mimada y agasajada, pensando que los demás hombres también aman a los demás niños de su edad y condiciones. Recuerdo que en el pasado, asombrada ante la profusión de manjares que le brindaban sus favores, inquirió la causa de tal derroche, ¡desacostumbrado en el resto de los días. Yo la expliqué concisamente lo que significaban: «Bsta noche, la dije, celebra el mundo católico el nacimiento de Jesús. Hace muchos cientos de años el estado del mundo era intolerable. Había una necesidad de creer, y nadie creía; había una necesidad de reformar las costumbres

públicas, y nadie hallaba el medio de regenerarlas.

Necesitábase una revolución general en los espíritus y en los corazones. La humanidad precisaba de un asilo, de un consuelo, de un principio moralizador. ¿Dónde se encontraba? ¿De dónde había de venir? ¿Del Cielo o de la tierra? Del cielo y de la tierra vino justamente. En un rincón de la Judea había nacido el que tenía la misión divina y sublime de regenerar el mundo. De la humilde cabaña de Galilea salió la buena nueva pregonando un Dios único, la fraternidad, la igualdad de los hombres, y un reinado de virtud, de verdad y de justicia». Así la hablé, y su inteligencia un tanto anticipada, comprendió.

Hoy, con ocasión de disponernos a celebrar muy íntima y recatadamente la festividad suprema de la Cristiandad, desplazados nuestros corazones hacia los lugares en que España defiende la civilización del mundo frente a las hordas de asesinos e incendiarios, mi Angel bello, mi sobrina linda sentenció contrita:

—¡Qué pena, tío, que pena que esos hombres malos que se llaman rojos no quieran que los niños jueguen como antes, comiendo confituras y cantando villancicos. ¡

Y sus grandes ojos se posaban en nuestras caras de lamentable seriedad, que, juntamente a los anaquelos vacíos, denotaban sin duda ninguna que este año ¡ha hecho imposible la maldad de unos hombres la celebración de la Nochebuena, de una santa Nochebuena en la que los niños y los mayores, todos, ríen y gozan, comiendo confituras y cantando villancicos...

A. BEA.

Para tí, enemigo rojo, que estás frente a mi parapeto

«Esta Noche es Nochebuena»; yo sé que todavía recuerdas este grito. Porque tú no fuiste malo; porque tú, cuando eras niño, ansiabas, como yo, que llegara esa noche en la que nace el Niño-Dios, en la que pensabas todos los días del año, en la que tenías puestas un montón de ilusiones; en la que marchabas con tus padres a la «misa de gallo», en la que jurarías que ha-

bías oído cantar al gallo que nunca cantó.

Y esos recuerdos no los borra una guerra porque los forjó la paz; porque ya no los ovidarás, esta noche sentirás las nostalgias de tu apostasía y ansiarás volver a tus años, cuando esperabas la «misa de gallo» para oírle al gallo que nunca cantó. para comer los turrónes que pronto te saciaban y para probar tu resistencia para el sueño, que siempre te dormías.

Y yo lo celebraré como siempre; tornaré la familia por el

En el parapeto

Añoranza de la Nochebuena

Yo recuerdo dulcemente...

Estaban blancas las calles y los caminos cubiertos... Y todo el pinar tan blanco solitario entre los vientos...

¡Qué noche la Nochebuena...! Qué noche de pensamientos, blancos como la nieve juguetones como el fuego.

Las calles no están desiertas bajo la luna y el cielo, que las cruzan las mujeres y los niños y los viejos...

¡Qué misas aquellas misas del gallo cantarínero...!

Burdos pastores cantaban villancicos de recuerdo, que se clavaban en lo hondo, en lo azul de los luceros...

Y mi madre recostada dulcemente, junto al fuego, me contaba las historias del mal niño y el buen viejo, de aquel tesoro escondido, y el de los ruidos del viento, y el de muchachos perdidos que se marcharon al cielo, porque el «niño» los llamaba para dulces compañeros...

¡qué nochebuenas, Dios mío, aquellas las de mi pueblo...!

Yo recuerdo dulcemente, dulcemente lo recuerdo entre el frío de la muerte que sopla en el parapeto...

RITMO AZUL

Esta noche, desde radio Salamanca, a las nueve y media, el Jefe Nacional de Falange Española, camarada Manuel Hedilla, dirigirá la palabra a todos los españoles.

Todos los españoles deben oír la voz de la Falange. ¡ARRIBA ESPAÑA!

grupo de camaradas, que es casi más que ella porque les considero coma santa Hermandad; y oír la «misa del gallo», sin dormirme por que te tengo frente a mí y eres mi enemigo; y otro año, cuando vuelva la Nochebuena, el Niño-Dios volverá a nacer en la España que habremos forjado con sangre y sacrificio y recordaré la alegría de mi niñez; y también la del parapeto, cuando tenía enfrente, para defender la Patria.